

Basta de pánico!

Fermín de Castro



Capítulo 1

"Te tomaremos como rehén"

"¿Qué? No pueden hacer eso", dije.

"No entres en pánico"

"Todo va a estar bien"

"No me siento bien."

Difícilmente podía soportarlo, pero no quería mostrarles ninguna debilidad a los tres.

"Eso es porque estás luchando contra nosotros"

"Déjalo ir."

¿Por qué de repente había diez de ellos mirándome? ¿De dónde vienen ellos?

"Mira. Podemos hacer esto de la manera buena o difícil. Tu cuerpo ahora está bajo nuestro control."

Mi cabeza giró cuando otros diez se pavonearon.

"¿Quién eres tú, el que habla, de todos modos?", le pregunté.

"Sabes exactamente quiénes SOMOS. Solo haz lo que decimos y jugaremos bien durante las próximas cuarenta semanas."

Ahora, cincuenta de ellos dijeron en un perfecto coro:

"Hazlo"

"Qué pasa si... yo...", murmuré

"Uh uh. Silencio."

Después de algunas dichosas semanas de paz, algo estuvo mal.

¿Era normal llevar calcetines al doctor?

¿Por qué tuve una connipción cuando mi esposo me sorprendió con fresas en lugar de trufas de chocolate?

¿Cómo fue que terminé en un incidente de la rabia del camino cuando sólo quería perseguir a un conductor Chevrolet Corsa con mi Mini Cooper?

Ya no soy yo. Estaba poseída. Si.

¿Hubo un exorcista para las hormonas del embarazo?

Les pregunté: "Dijiste que si soy amable, te comportarías y ni siquiera sabría que estuviste aquí o allí".

Cientos ojos fruncieron el ceño. "No dijimos eso. ¿Por qué estás tan enojada? Todo se ve bien".

"Siempre hablando en plural. Grrrrr. Nada está bien. ¡Maldición! Ya no soy yo misma".

Como respuesta, una ola de enfermedad me hizo correr al baño y terminó la conversación.

No debería haber hablado con ellos. Las náuseas matutinas se convirtieron en una enfermedad vespertina y en la semana 8 tuve ambas.

En la semana 14, todo se había ido. Yo, mi cuerpo era sospechoso. ¿Era esta la calma antes de la tormenta? ¿Se fueron? ¿Gané un descanso?

La paz duró siete semanas.

Sabía que habían regresado cuando me forzaron a comerme una jarra entera de Nutella. Cada día.

Esto fue demasiado lejos. No quería terminar como un hipopótamo con sobrepeso.

"Debo detener los antojos. Inmediatamente" exigí.

"No hicimos nada. Eso es toda tu responsabilidad".

"Nunca comería tanto Nutella. Me hiciste una adicta".

"Cálma. Eventualmente, todo estará bien ".

Dos de ellos dieron un paso adelante y querían tocar mi hombro. Los corrí y los puse de trasero en el suelo.

"Absolutamente nada está bien. Devuélveme mi cuerpo. AHORA."

Se encogieron de hombros: "Como deseas".

Un fuerte dolor punzante se deslizó desde mi ingle hasta mi abdomen. Caí de rodillas y lloré.

"¡Deténganse! Haré lo que quieras. Lo juro. Pero alejen de mí el dolor ", gemí.

Me dieron otra inyección de eso, entumecedor de la mente, y luego, éste, se detuvo.

Exhalé.

"Que esto sea una advertencia. Una mirada más de ti y lo lamentarás ".

En la semana 28, llegó el cambio o, en otras palabras, desarrollé el síndrome de Estocolmo.

Aproveché estar embarazada: el mundo pareció inclinarse ante mí.

Nunca tuve que hacer cola. En la tienda Walmart obtuve muestras adicionales. La última Nutella me fue entregada, sin resistencia. ¡Fui una gran matona!

La semana 39 llegó. Mi ejército personal de hormonas me empoderó por segundos.

Me sentí como una supermujer. Pero luchar contra los cachorros de polvo invisible en las expediciones de medianoche a través de mi casa se volvió aburrido.

Como supermujer, necesitaba algunos criminales reales. La primera oportunidad vino en mis visitas diarias a mi supermercado local.

Mi elegido estaba en éxtasis y me llamó la atención cuando se estrelló contra las puertas giratorias y me catapultó en el puesto de frutas de temporada.

Solo diré que aprendió la manera difícil de nunca meterse con una mujer

embarazada.

Pero cuando aturdí a un ladrón estupefacto en nuestro garaje con solo mi aura empapada de hormonas, mis secuestradores se asustaron.

"¿Tienes un deseo de morir?", exigieron saber.

"¡Cállate! Estoy genial. Yo estoy en control".

Miraron al joven ladrón. Era obvio que le asusté gracias al ingenio. Estaba muy orgullosa.

"Ya no eres tú. Eres un monstruo", mis secuestradores afirmaron.

Vieron a la policía tomando al ladrón y luego se volvieron. "Ok, te estamos liberando ahora. Hemos terminado".

"¿Qué? ¡No puedes hacer eso!", me entró el pánico.

Se fueron sin un adiós adecuado y comenzaron mis contracciones.

Los síntomas de abstinencia llegaron unos días después.

Ya no hablo con ellos.

Están un poco gruñones.